

Bernard Nominé

El cuerpo humano entre sexo y género.

Gijón mayo 2014

Hoy en día, está muy de moda, especialmente en el mundo anglosajón, dedicarse a los estudios sobre el género - gender's studies. Recién me han invitado en la universidad para participar a un encuentro sobre el tema del interés o no de los estudios sobre el género. Me da cuenta que son, sobre todo, mujeres las que se dedican a este tipo de estudios. Pues el interés por los estudios sobre el género salió del ámbito feminista norteamericano. Una tal Judith Butler fue la primera en escribir un texto sobre este tema: "*el género en disputa*". Se trata de discutir el supuesto destino que les reserva a hombres y mujeres su sexo anatómico y también de denunciar y contrarrestar la influencia cultural que determina el género en la educación.

Yo estaba invitado en ese encuentro para dar el punto de vista psicoanalítico sobre el tema del sexo y del género. Empecé por decir que no hay un punto de vista universal del psicoanálisis sobre el asunto. Es fácil hacer decir a Freud y a Lacan cosas contradictorias. Pues, hoy en día, los analistas invitados en debates públicos más o menos políticos pueden apoyarse en Freud o en Lacan para sostener puntos de vistas totalmente opuestos, depende de la ideología de cada uno. Pues no hay nada serio en ese tipo de referencias.

Después de esa advertencia he de decir primero que el concepto de género me parece sacado de la teoría psicoanalítica. Freud subrayó que los seres humanos pueden tomar cierta distancia respecto a la realidad de su sexo ya que el sexo se inscribe en el inconsciente con significantes que pertenecen a lo que llamamos el registro simbólico. En este registro simbólico, no sé si lo saben, los significantes se colocan naturalmente como pares de opuestos dado que cada significante se define respecto a su opuesto. El día solo se define por su oposición a la noche, la felicidad no es sino lo contrario de la desgracia, lo abierto contrario de lo cerrado....etcétera.

Antes de que piensen, o sea de que usen palabras para decir algo, los significantes se articulan entre sí en esa oposición arcaica. Ese nivel arcaico puede ser un obstáculo para el pensamiento, los neuróticos obsesivos saben de eso muy bien. Por eso Freud decía que una vida sana conlleva que la consciencia nos aleje de esa articulación primaria. En cambio, el inconsciente aprovecha esa articulación automática de los significantes cuando la consciencia deja de estar al puesto de mando. La hipótesis de Freud estipula que el inconsciente no solo juega con ese algarabía sino que lo usa para cifrar un deseo prohibido, es decir que ese algarabía debe de tener sentido. Y la clave que Freud usa para descifrar el inconsciente, es la sexualidad. Para Freud, el sentido estriba en lo sexual.

Cabe decir que dentro del arsenal simbólico hecho de pares de opuestos, un par tiene un estatuto peculiar por ser generador del sentido, es el par *hombre / mujer* par que también puede declinarse como *macho / hembra, activo / pasivo*...Se le ocurrió a algunos que quizás la realidad de la diferencia sexual pudiera estar en el origen de la estructura del significante

hecha de pares de opuestos. Es una suposición, nadie puede decir si es verdadera o falsa, poco importa, sea lo que fuere, hay un lazo entre el sexo y la estructura del significante.

Lo que hemos de recordar es que los significantes toman sentido cuando se inscriben en un discurso representando una relación entre un sujeto y el objeto de su deseo. Así, por ejemplo, usualmente, un hombre hace de una mujer el objeto que causa su deseo. Eso es lo que orienta el par *hombre / mujer*, lo vuelve pareja y así se funda la función paterna en la familia tradicional. “*Un padre sólo tiene derecho al respeto y al amor si hace de una mujer el objeto que causa su deseo.*” Pues el deseo del padre y el modo con el que la madre lo acoge eso es lo que da sentido a la primera pareja significativa con el que el niño ira estructurando su mundo. Eso puede dar la impresión de que el psicoanálisis sostiene el esquema de la familia tradicional y especialmente la función del páter familias. Sería una equivocación. Al subrayar el deseo del padre, Lacan era iconoclasta respecto a la imagen paterna cuyo deseo permanece usualmente inadvertido. En cambio, Lacan subrayaba que el deseo del padre está al inicio de la ley. Lo que impone cierto orden dentro de los significantes de la familia, lo que da sentido, es el deseo del padre. Padre, luego, es una función, no puede reducirse ni al hombre con el que la madre vive ni tampoco con el que ha concebido a su niño. Recién, por ejemplo escuche a una mujer cuyo padre falleció antes de que ella naciera. Las albergaba a ella y a su madre una tía del lado materno. La niña quería mucho a su tía. La paciente recuerda un momento de vergüenza cuando en el colegio le preguntaron cuál era el trabajo de su padre. Sin duda, para colmar el agujero, la niña se apresuró a contestar: “la tía trabaja”. En esa familia, la palabra de la niña se hizo famosa, a partir de ese momento han solido llamar a la tía: “*tía trabaja*”. Bien se ve con ese ejemplo lo que es la función del nombre del padre y quien la puede desempeñar.

Volvamos a nuestro asunto.

Decir que lo que hace al padre, es su deseo, es también significar que el padre es algo más que un juez o una policía, y algo más que un genitor, por supuesto. La función paterna es una función significativa que se inscribe dentro de un discurso, debido al deseo de uno. Y ¿qué pasará con el otro?

El deseo de una mujer no se inscribe en este discurso que funda la función paterna. Se inscribe forzosamente al margen de ese discurso. De ahí resulta la especificidad de lo femenino respecto a la universalidad de lo masculino. Creo que, de cierto modo, el feminismo radical sueña con aniquilar lo femenino al equiparlo a toda costa a lo masculino. Lo femenino permanece fuera del alcance de la universalidad promovida por el discurso en el que se funda el deseo del hombre.

¿Qué es lo que una mujer desea? Eso es, decía Freud, la cuestión central planteada por el psicoanálisis. Cierto es que una mujer no ubica su deseo en donde ella representa el objeto del deseo de su pareja. Más vale para ella que no sea totalmente cogida en ese deseo.

A fin de cuentas, lo que estoy diciéndoles, es que la relación sexual entre hombre y mujer se desarrolla a nivel de un discurso que cojea y que no es, para nada, simétrico. Vale añadir que dicho discurso es inconsciente. Eso es lo que llevó a Lacan a decir su famoso: “*no hay*

proporción sexual” o sea: no es posible escribir lógicamente lo que ocurre en el encuentro entre hombre y mujer. Eso no significa que no haya ningún encuentro posible. ¡Afortunadamente de vez en cuando hay encuentros! Lacan sólo subraya que el encuentro queda imprevisible, puramente contingente.

Cuando hablo del encuentro entre un hombre y una mujer, eso no excluye que una mujer pueda hacerse hombre ni tampoco que un hombre pueda hacerse mujer. Que esa relación sea heterosexual o bien homosexual, la proporción queda asimétrica y coja.

Cada uno tiene que arreglárselas con esa relación que cojea. Así lo hacen los niños cuando construyen su novela familiar. La novela familiar es un discurso construido con significantes que copulan donde nada puede asegurar la existencia de una proporción sexual. Freud hablaba de *novela familiar*, Lacan prefería hablar del *mito individual del neurótico*. Es cierto que en ese mito individual de la neurosis, son los significantes los que copulan. Luego cuando uno se analiza, se da cuenta que el padre no es forzosamente quien se pone los pantalones.

Así pues, en el mito individual, no se trata de relación entre sexos sino más bien entre géneros. Dicho esto, esa relación entre géneros es tan problemática como la relación sexual, puesto que la relación entre géneros rebasa la ley de la gramática, está a la orden de los caprichos del fantasma o mejor dicho a la orden del deseo que no concuerda con el binarismo que define la gramática del género.

Si Lacan decía: “*no hay proporción sexual*” – en esa época, lo del género no estaba de moda – hoy podríamos decir que tampoco hay proporción entre géneros. El registro simbólico que funciona con el binarismo del significante no basta para dar cuenta, él solo, ni de las paradojas del deseo ni cuanto menos de la relación problemática entre los goces en juego en un encuentro entre dos seres humanos.

Hay otro registro por el que la sexualidad se interesa, es el registro de la imagen. Lo imaginario es un registro de mayor importancia para el ser humano porque es por medio de la imagen que él adquiere una primera noción de su identidad. Ahora bien, la imagen del cuerpo tiene una relación peculiar con el sexo.

Primero, vale decir que los órganos sexuales son partes del cuerpo que solemos tapar. La imagen del cuerpo es idealmente asexuada, el narcisismo de los padres, que genera el del niño, valoriza la imagen del angelito. Más tarde, con la pubertad, los rasgos sexuales secundarios trastornan esa imagen y ese trastorno de la imagen es un momento difícil de asumir; señala la entrada en la adolescencia con todo tipo de perturbaciones que uno puede observar, de las que muchas son perjuicios a nivel de la imagen del cuerpo: tatuajes, piercings, escarificaciones, anorexia... Al nivel del vestirse, lo habrán notado, los adolescentes se refugian en el uniforme unisex. Pues es un intento de regresar a la indiferenciación sexuada por el sesgo de la imagen.

Más tarde, en la vida sexual del adulto, la imagen desempeña un papel evidente. Los órganos sexuales siguen estando tapados en la imagen pero luego, cualquier parte oculta en la imagen

evocará lo sexual y despertará el deseo. En ello estriba la conducta fetichista. El fetichista se agarra a la parte del vestido que tapa el falo o su ausencia. Luego la relación del sexo con la imagen es bastante complicada. La imagen puede servir para engañar el deseo, así es como funcionan la mascarada femenina, el fetichismo y el travestismo.

La imagen es sexuada pero el género que ella muestra no concuerda forzosamente con la realidad sexual del que lleva el traje. ¡Nada raro! Los analistas, sabemos que no es la realidad del ser de la pareja que guía la elección amorosa sino la imagen que la viste. Por eso uno no ama a alguien por lo que es, sino porque lo toma por otro. Cabe añadir que en el encuentro amoroso, es el inconsciente de uno que da signos al inconsciente del otro. Ese engaño es esencial, lo real del sexo poco tiene que ver en el asunto.

Por lo que acabamos de ver, pueden entender que el inconsciente usa esos dos registros: lo simbólico y lo imaginario para arreglárselas con lo sexual.

Ahora es preciso que sepan que lo esencial de la enseñanza del psicoanálisis estriba en el hecho de que Freud se dio cuenta que el ser humano no percibe lo real sino que construye, cada uno, su realidad psíquica. Lacan añadió que dicha realidad psíquica se construye con tres registros anudados entre sí de modo complejo. Es a partir de su realidad psíquica como cada uno puede abordar la realidad del mundo. Es aquel *Metron anthropos* de un tal Protágoras. *El hombre es la medida de todas las cosas*. Piensen en la pulgada, el pie, el codo, el palmo. Claro es que el hombre usa su cuerpo para medir el mundo. Pues, la realidad psíquica con la que cada uno puede medir la realidad de su mundo es también lo que le sirve para tener un cuerpo y vivirlo más o menos correctamente. Pues tres registros son precisos para construir esa realidad psíquica.

Hemos hablado de lo simbólico y su estructura, hemos visto lo imaginario y su función de vestido, queda por tratar de hablar de lo real, si fuera posible ya que lo real se define como imposible de decir, imposible de representar. Es real todo lo que no cabe ni dentro de lo simbólico, ni dentro de lo imaginario. Lo real es todo lo que permanece fuera del alcance del saber.

Ahora bien, usando un modelo, una suerte de nudo conocido desde hace mucho tiempo sin que nadie supiera medir su alcance, Lacan retoma el emblema de la familia Borromeo para desplegar la lógica trinitaria que le parece muy adecuada para esbozar la relación compleja entre real simbólico é imaginario. Son tres redondeles ligados entre sí, sin que ninguno de ellos penetre en otro, es decir que dos redondeles sólo quedan unidos por medio del tercero. Así que si uno de los redondeles se abre, el nudo se suelta.

Pues la hipótesis de Lacan fundada en la clínica de las neurosis y de las psicosis es que la realidad psíquica se construye con el anudamiento borromeo de los tres registros real, simbólico é imaginario.

Entonces para llegar al tema que propuse para esta conferencia – el cuerpo entre sexo y género – os propongo considerar que el cuerpo es primeramente representado por su imagen, es decir que podemos ubicarlo a nivel de lo imaginario. Supongo que concordaran con la idea

de ubicar el género a nivel del registro simbólico, mientras que el sexo, lo podríamos relacionar con lo real. Siguiendo la lógica del nudo borromeo, podríamos considerar

- sea que la imagen del cuerpo tiene que armonizar las evidencias que proceden de lo real del sexo con las exigencias que proceden de las identificaciones ideales es decir el género inscrito en lo simbólico.
- Sea que el sexo real tiene que arreglar el conflicto entre la imagen del cuerpo y las identificaciones ideales es decir el género simbólico.
- Sea que al género simbólico le toca armonizar la imagen que el cuerpo muestra con lo real del sexo.

Creo que esas tres alternativas deben de remitir a tres situaciones clínicas distintas.

En el caso del transexualismo, el sujeto quiere imponer a la imagen de su cuerpo el género que él ha elegido, a pesar de lo real de su sexo. Ello testimonia generalmente de un gran malestar. Para algunos la realidad es tan insoportable que no piensan poder seguir viviendo sin la intervención de un cirujano que pueda corregir lo real del sexo de tal modo que lo imaginario de la imagen del cuerpo concuerde con lo simbólico del género elegido. Durante mucho tiempo la mayoría de los psiquiatras consultados antes de la operación solía declararse en contra, al pensar que pudiera desencadenar catástrofes. Fue preciso que un cierto número de pacientes se suicidaran cuando se les rehusaban la operación para que se tomara en cuenta ese sufrimiento remitiéndolo a una posible estructura psicótica. En esos casos, la operación puede obrar como suplencia a nivel de lo real con el fin de que ese real “fabricado” pueda armonizar lo imaginario con lo simbólico.

El travestismo es una situación menos dramática. El a quien le gusta travestirse, es casi siempre un hombre, finge ser esa mujer que él no puede tener, esperando vivir así, por procuración la voluptuosidad de ser una mujer. Sin embargo él no deja de arraigarse en el goce fálico. No se interesa por el goce femenino.

Atendí a uno durante unos años. Vino a consultarme por padecer impotencia con su esposa y por sentirse adicto al travestismo. Un día la esposa lo descubrió y le pidió que se curara. Solía travestirse de mujer a escondidas y gozaba al llevar ropa interior femenina sin que nadie lo supiera. Tampoco podía prescindir de visitar una página web en la que se ve a hombres teniendo sexo con transexuales. Goza viendo a una linda mujer dotada de un pene. No quiere para nada cambiarse el sexo. No le interesa ser una mujer para un hombre.

Me confesó los pormenores de su goce. Ese paciente trabaja de noche. Al fin de la noche, antes del amanecer, regresando a su casa, a unos kilómetros de su fábrica, aparca su coche en un rincón recóndito, allá, sin salir del coche, se viste de mujer, se maquilla, se pone una peluca y así disfrazado arranca de nuevo el coche y se hace unos kilómetros por la autopista excitado con la idea de engañar al mundo pero con algo de miedo al pensar que la policía lo pueda parar y desenmascarar. Poco tiempo antes de llegar a su casa, para de nuevo en un parking desierto cambia su vestido y vuelve a casa mientras la familia duerme.

En las primeras sesiones me contó que su padre solía beber mucho y así se ponía violento con la madre. Los padres se divorciaron y el varoncito se quedó solo con su madre, muy pegado a ella. A la madre le gustaba vestirlo como una niña. Queda claro que del lado de lo simbólico él se ve como la niña ideal querida por la madre. Sin embargo no es para nada afeminado, es muy peludo, es calvo, tiene una nariz gruesa, pues lo real de su sexo y sus rasgos sexuales secundarios no concuerdan con el género que su madre le había otorgado. Por eso cuenta con lo imaginario, es decir la imagen de su cuerpo para armonizar lo real de su sexo con el género simbólico devuelto por la madre. El puro semblante proporcionado por su disfraz grosero le basta para realizar el nudo entre real simbólico e imaginario. De ningún modo él necesita una intervención al nivel de lo real. No quiere ser una mujer, le basta complacerse fingiendo ser una mujer de noche, solamente contemplada por el mismo en un vistazo dado al retrovisor del coche aparcado en un rincón, protegido de la luz.

Este paciente se quejaba de no poder dejar sus maniobras que le avergonzaban y le impedían mantener relaciones sexuales con su mujer. Hasta que un día, una vez que me hubiera entregado los detalles de sus fines de noche, se me ocurrió preguntarle si realmente pensaba que así disfrazado uno lo pudiera tomar por una mujer. En seguida admitió que así no se parecía a una mujer sino para el mismo o sea desde el punto de vista simbólico de la demanda de su madre. Fue como si mi intervención, en forma de dudas, le devolviera otro punto de vista que desvalorizaba la imagen.

Pudo dejar su travestismo, al darse cuenta, por primera vez, que disfrazado de mujer no se parecía sino a un payaso. Pudo mantener de nuevo relaciones sexuales con su mujer y pensó que ya no necesitaba consultarme. Estuvo meses sin venir a sus sesiones pero acabó por volver porque todo había vuelto a ser como antes. Pues, necesitaba todavía mi presencia para mantener el efecto de ese cambio de perspectiva que mi intervención había operado.

No puedo estudiar todas las situaciones clínicas, todas las cosas extrañas que la ciencia médica permite hoy al intervenir a nivel de lo real del sexo o de la imagen del cuerpo. Pero quedaría por reflexionar sobre la última alternativa, la de contar con el género para armonizar el sexo real con la imagen del cuerpo. Me parece que es una situación en la que se encuentran personas cuyo sexo es algo indiferenciado y que piden cambiarse el género a nivel de su identidad para armonizarlo con lo real de su sexo y su apariencia a nivel de la imagen.

Sea lo que fuere, creo que lo más interesante es notar la importancia de esos tres registros y notar también que ninguno de esos tres registros es más importante que los otros dos. Basta con que uno no cumpla con su tarea para que los otros dos se suelten. Así que no hay que valorizar

- ni la imagen del cuerpo pensando que la podemos modelar según cualquier capricho,
- ni el género simbólico, al supervalorar su alcance o al revés al soñar con abolir la diferenciación que engendra
- ni siquiera el sexo real que la naturaleza nos ha otorgado y con el que tenemos que arreglarnos.

Estos tres registros tienen la misma importancia, actúan en sinergia, y así es como cada uno de nosotros puede remediar la maldición del sexo.

¡Maldición del sexo ¡ Quizás este término les sorprenda. Me parece justificado por varias razones.

La primera, la más inadvertida, es que , debido a que un ser tiene que pasar por el sexo para reproducirse, ello implica que su cuerpo muera. Desde el inicio sexo y muerte quedan vinculados.

Pero la maldición del sexo también puede ser comentada de otro modo, más prosaico.

Es verdad que el sexo complica la vida en sociedad, introduce diferencias, desigualdades, provoca el deseo, luego los celos, la agresividad, favorece la aparición de la neurosis o de su revés: la perversión, así que hay más de una razón para hablar de la maldición del sexo.

Uno puede notar, en la evolución de nuestra cultura, que quisiéramos limitar el alcance de dicha maldición del sexo. Es un intento que podemos fomentar cuando se trata de reducir las desigualdades entre hombres y mujeres.

Pero cuando cierta ideología se mete en el asunto y se empeña en erradicar la diferencia entre los sexos, no logra sino despertar la ideología contraria que luego acude en defensa de un modelo familiar supuestamente amenazado. De ahí el lío que recién conocemos en Francia.

Es interesante notar que esas cuestiones alrededor de la diferencia de los sexos, o de la elección del género, son cuestiones para discutir cuando uno quiere subrayar diferencias políticas que no se perciben de otro modo. Cuando en Francia izquierda y derecha están en el mismo punto de impotencia frente a cuestiones graves como la economía, el paro...traen al debate esas cuestiones que dividen. Notaran que cuando uno quiere reducir los efectos de la maldición del sexo, resultara que la división volverá por otra parte. Debe de ser un efecto estructural.

El lenguaje está estructurado de modo binario y los significantes que tenemos para decir el sexo, o sea el género, no escapan de lo binario, ¡eso sí que será la verdadera maldición! En cambio, la palabra, o sea el acto por el que un sujeto elige ser representado por un significante para otro significante, remite a una estructura ternaria. Lo que creemos ser, lo que afirmamos en la palabra, todo eso conlleva una estructura ternaria que no es sin relación con aquella trinidad que trate de presentarles.

Y es que decirse hombre o mujer, para quienes disponen de esa estructura ternaria, o sea los que se inscriben en un discurso, decirse hombre o mujer es una cosa mucho más complicada que lo de elegir su bando.

Yo podría entregarles el ejemplo recién escuchado en la palabra de una analizante que recordaba con algo de humorismo un episodio de su niñez, que según decía, hubiera sido decisivo en su elección homosexual.

Su padre la había llevado al cine a ver la película “Peau d’âne” (piel de asno). Supongo que conocen ese cuento de hadas: Un rey viudo quiere casarse con su hija. La hija asustada pide ayuda a su madrina que era hada. Pues la madrina le aconseja que le pida al padre cosas imposibles, un vestido color del sol. El rey logra conseguir el vestido. Luego la hija pide un vestido color de luna. El rey le ofrece el vestido. Pues al final la madrina le aconseja que le pida al padre la piel de su asno, un animal maravilloso que le proporcionaba cagarrutas de oro cada mañana. El padre manda matar el animal y le regala la piel. La princesita huye disfrazada con la piel del asno....

Pues en la película que salió en Francia en los años setenta, una tal Delphine Seyrig desempeñaba el papel del hada madrina. Era una actriz famosa, una mujer muy linda con una voz divina, un puro fantasma para los hombres en esa época. La paciente así comenta el episodio: *“mi padre quería sin duda enseñarme que una hija no puede casarse con su padre pero, al salir del cine, yo no tenía sino una sola idea: me casaré con Delphine Seyrig.”*

Al recordar ese episodio se da cuenta hoy de que al decirse: “me casaré con Delphine Seyrig” se ubicaba, sin saberlo ella misma, en el lugar de un hombre, o sea en el lugar de su padre. Su elección homosexual se fundó en el hecho de que quiso ser el padre con quien no podía casarse.

Pues, esa lógica que participa en la elección del género estriba en una estructura ternaria, la misma lógica que manda que uno sea representado por un significante acerca de otro en un discurso.

Hasta ahora no creo que se haya demostrado que esa estructura remita a la lógica del nudo borromeo, pero pienso que es posible que uno pueda considerarla bajo ese ángulo. Sea lo que fuere espero haberles convencido del interés de razonar a partir del número tres. Lo ternario es una herramienta más adecuada para dar cuenta de la dificultad de los cuerpos para arreglárselas entre sexo y género, más adecuada que el pensamiento binario que solemos usar porque es cómodo, es este tipo de pensamiento que opone hoy partidarios del sexo y partidarios del género.

Bernard Nominé

ber.nomine@free.fr